

el escritor incursiona en la redacción de textos que, aunque unidos por una temática común (los objetos domésticos), pueden leerse independientemente. Son escritos que fusionan el cuento corto con una prosa poética que caracteriza el tono narrativo de sus libros anteriores.

Quizá la frase que con mayor exactitud resume la naturaleza de esta publicación, es la que se refiere a los tiempos del "amanecer de la humanidad, cuando el mundo era a la vez verdadero y mágico" (*Las cosas*, pág. 48). A ellos se remonta el autor para trasladarlos al presente. Para que sepamos que si hoy las lámparas de pie, los muebles de la sala y las almohadas son parte de la inanimada colección de cosas que nos rodean, hace milenios no fue así. Lo que sucede es que el hombre ha logrado imitar artificialmente las formas de la naturaleza. Consiguió fabricar tejas que en el pasado eran tímidas y pesadas aves migratorias; se dedicó a la producción del vidrio y olvidó a las mariposas de alas transparentes que antes se posaban en los huecos que se abrían en las paredes; se aplicó a la invención de la luz para suplir la función que desempeñaban los frutos del árbol del "totumo-luciérnaga".

En *Las cosas de la casa*, se les atribuye una genealogía mítica a los objetos domésticos, jugando con datos reales e imaginarios. Los incas, los griegos, los mongoles y el Gran Kan departen con los recipientes que originalmente crecían en los árboles de vidrio y con las chapas que pertenecieron a la especie de los perros guardianes y las garrapatas.

El didactismo apunta hacia lo irreal, hacia la ruptura de los esquemas racionales, valiéndose de relatos aparentemente lógicos. Y es que la literatura es el medio por el cual se da

veracidad y concreción a lo virtual. Ella vuelve posible lo imposible con el propósito de acabar con la manía que tienen los sabios y los profesores, de "meter todo en casillas, en cajones separados debidamente marcados y rotulados, poniéndole límites a las cosas y de paso a la imaginación" (*Las cosas*, pág. 27).

En Román la ficción corre parejas con el discurso ideológico. El autor no abandona en esta obra su tendencia a subrayar determinadas posiciones frente al presente. Si el mundo ya no es mágico, es porque la humanidad lo ha desprovisto de encanto. Las tejas ya no vuelan por la congestión del tráfico aéreo y la contaminación; los falsos ladrillos se obtienen gracias a la explotación de quienes trabajan en los chircales; las puertas se dividen en dos tipos: las de entrada (logradas con la técnica de la perspectiva renacentista) y las de salida (esas que se abren cuando en una nación cae un tirano y los reclusos en prisión recuperan la libertad).

Me pregunto qué tan accesibles son estos textos para los jóvenes. Su calidad es indudable, pero su vocabulario complicado. Su lógica bastante elaborada, y su propuesta una ruptura con el cuento tradicional: no hay la tensión a la que están acostumbrados niños y adolescentes, sino la distensión que genera el lenguaje poético. A aquéllos los atrae más la acción que la reflexión y la contemplación estética. Es un libro bello y exigente que tal vez (ojalá) cree un nuevo tipo de lectores.

Las ilustraciones de Nancy Friedemann, que lo acompañan, recibieron el primer premio otorgado por la Asociación Colombiana del Libro Juvenil e Infantil. Son una explosión de color y el resultado de una cuidadosa técnica que revela la trayectoria

de su autora, quien figuró, entre otras exposiciones, en la I Bienal del Museo de Arte Moderno (Bogotá, 1988). Estas ilustraciones invitan a detenerse en ellas como expresión de las tendencias pictóricas modernas.

Las ediciones de *Colombia, mi abuelo y yo* y de *Las cosas de la casa* son impecables. De un formato, un tipo de letra y un colorido que las hacen atractivas a los ojos de sus jóvenes lectores, hacia quienes la industria editorial dirige, ahora más que antes, muchos de sus libros.

ALICIA FAJARDO

Entre el sol y las sombras

Koku-yó, Mensajero del Sol

Leopoldo Berdella de la Espriella

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1988, 78 págs.

Koku-yó es un relato elaborado a la manera de las grandes tradiciones mitológicas que buscan explicación a los fenómenos de la naturaleza, o mejor aún, que poetizan sobre ellos para dar a la realidad, que se percibe caótica, una coherencia y un sentido. En él los habitantes del país de Manaré presencian asombrados la batalla de Pakuné, Señora de las Sombras, contra Koku-yó, Mensajero del Sol, batalla de la cual van sacando conclusiones de carácter ético y normas de comportamiento para la vida cotidiana.

Tinieblas y luz, noche y día, debilidad y fortaleza, son fuerzas, o seres, cuya posición siempre ha preocupado a los hombres; ellos simbolizan la fundamental contradicción entre el bien y el mal, ante la cual, a lo largo de la historia, se han inventado las más variadas respuestas. Para unos se trata de una lucha sin sentido, como la existencia humana; para otros, más épicos, de la confrontación purificadora en la cual triunfará el bien. Para el autor, en cambio, se

trata de una lucha entre opuestos que concluye cuando uno de ellos, la noche, descubre la necesidad del otro para existir. No se anula la tensión entre luz y oscuridad, sino que se descubre en ella un equilibrio fundamental. Koku-yó necesita de la noche para brillar, y la noche, a su vez, necesita de la débil luz de éste para manifestarse plenamente. Llegar a este equilibrio no resulta fácil; la noche, en su poder, pretende destruir por muchos medios a estos débiles intrusos; ellos, a pesar de su debilidad, deben cuidar el preciado tesoro del cual son portadores. Resulta particularmente bello el momento en el cual el árbol de Olleto abre sus frutos para tender una cálida trampa a Koku-yó y, al cerrarlos, en vez de extinguirlos termina convertido en luz y comienza a vibrar. Koku-yó es capaz de iluminar todo lo que toca e incluso de convertir en luz a los que pretenden destruirlo.

Formalmente, la obra se encuentra dividida en una serie de relatos cortos que inicialmente presentan los personajes, luego las diferentes confrontaciones entre las dos fuerzas y finalmente la recapitulación en la cual luz y tinieblas son asumidas como facetas de la vida del hombre. La narración es clara y concisa, con economía de personajes y sobriedad en el manejo de los nombres —lo que no sucede con frecuencia cuando se trabaja la mitología con fines literarios—; parece una historia muchas veces contada que, por lo mismo, se va convirtiendo en un relato fundamental, estable y, de cierta manera, cerrado en sí mismo. Un relato que es lugar obligado de referencia para los que habitan el país de Manaré, quienes tienen que labrar un sentido sobre la realidad escabrosa y ambigua que habitan.

Ciertamente, nosotros ya no vivimos el mundo de los hombres primitivos, y nuestra capacidad para percibir los cambios en la naturaleza cada vez es menos capaz de sutilezas —en las ciudades el cielo se oscurece pero la noche parece que nunca llega—. Creemos, incluso, que dominamos la naturaleza, pero la tierra se está desmoronando bajo nuestros pies calzados; inventamos cosas y contemplamos con asombro cómo se nos salen

de las manos y nos atacan. Estamos, por lo tanto, en la misma incertidumbre del hombre primitivo y tenemos la misma necesidad de una dimensión de sentido que ilumine nuestras oscuridades. Las preguntas de los hombres primitivos siguen teniendo sentido para nosotros, y Koku-yó, Mensajero del Sol, tiene todavía mucho que enseñarnos.

MANUEL GARNICA MARTÍNEZ

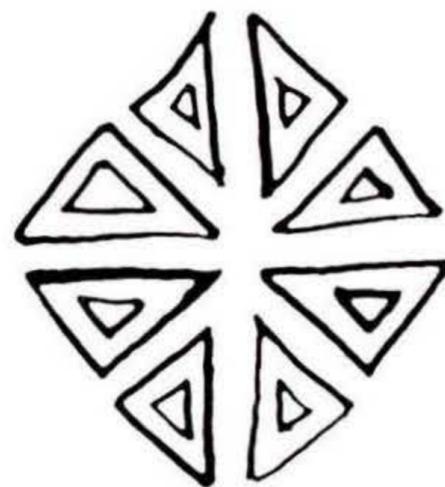
Cuentos de niños para adultos

La silla que perdió una pata y otras historias Triunfo Arciniegas
Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1988.
98 págs.

Como si se tratara del payaso juguetón y enamorado de su cuento, Triunfo Arciniegas nos lleva de la mano por una serie de situaciones en donde momentos de gran poesía e intensidad alternan con otros en que la narración amenaza perderse en los detalles. Se trata de historias que parecen más el fruto de noches de amor y de ocio que de días de libros, papeles y borradores; de historias contadas con placer, como inventadas a medida que se las cuenta; de historias que se refieren a otras historias —lo que resulta tan propio de las narraciones orales— y que habitan este libro como pequeños cuentos de una o dos frases: el de la bicicleta verde que se creía un árbol lleno de pájaros hasta que una muchacha de mejillas encendidas le regaló una rosa; el del lápiz de tres centímetros que había acabado con el borrador porque este se la pasaba contradiciéndolo; el del gallo que no sabía cantar y temía terminar en la olla del sancocho, y muchos otros más.

No resulta difícil descubrir detrás de estos cuentos una mente llena de situaciones que se entrelazan y que constituyen un mundo maravilloso donde los seres humanos, los anima-

les y las cosas participan de las mismas características y de las mismas contradicciones. No se percibe afán por dar enseñanzas morales —tan propio de las llamadas literaturas infantiles—; por el contrario, entroncado en la gran literatura de nuestro tiempo (Marcel Proust, Lawrence Durrell), el autor renuncia a crear personajes estereotipados que representen las virtudes y los vicios, y nos presenta seres vivos ambiguos e inclasificables. Ejemplo de ello son las sillas del cuento que da nombre a este libro: en un primer momento aparecen como un grupo de señoras antipáticas y criticonas pero luego, sin perder estas características, van sufriendo el paso del tiempo y sus estragos de manera tan irremediable, que es imposible evitar solidarizarnos y sentir ternura por ellas.



Vale la pena hacer resaltar la gran variedad de historias de amor que encontramos en estos cuentos, desde el beso desprevenido que la niña, al pasar en su bicicleta, envía al payaso, hasta la cruel historia de la bella golondrina que desprecia de tal manera al gusano que la ama, que ni siquiera se lo quiere comer.

Es este un libro en el cual se recogen muchas experiencias y muchas vidas, la mayoría de ellas relacionadas con el mundo de los intelectuales y los artistas: el marranito filósofo; el payaso; caperucita verde, que en un momento de su vida escribe poemas; el profesor que durante un tiempo es dueño de la más bella taza de té del mundo, y el león que —a su manera— escribía cartas de amor al ave del paraíso en la corteza de los árboles o en la piel de sus víctimas, son algunos de ellos.

Aunque mucho se ha escrito sobre la validez de nombrar como infantil